

Embera

*

Denominaciones de la lengua

embera

Denominaciones del pueblo

embera

El pueblo indígena embera está ubicado en Colombia, Panamá y Ecuador. En Colombia se encuentra en los siguientes departamentos: Chocó (ríos Baudó, Atrato, Bojayá, Quibdó, Andágueda, Capá y San Juan, entre otros); Antioquia (Jardín, Valparaíso, Bolívar, Dabeiba, Frontino y Murindó y la zona de Urabá); Risaralda (Mistrató, Pueblo Rico, Quinchía, Marsella, Guaticá e Irra); Quindío (Montenegro); Caldas (La Betulia); Valle (Restrepo, Darién, El Águila, Roldanillo, Obando, Zarzal, Bolívar y El Dovio); Cauca (Timbiquí); Córdoba (altos ríos Sinú y San Jorge); Putumayo (Orito); Caquetá (Florencia) y Nariño. Sin embargo, por la situación de desplazamiento forzado, de la cual han sido víctimas en estos últimos años, los emberas se encuentran dispersos por otros departamentos de Colombia, distintos de los que constituyen su territorio tradicional.

En Colombia, esta etnia está conformada por 42.000 individuos aproximadamente (46.000 en los tres países), distribuidos en 7.500 familias. Su nombre varía según el área donde habitan: cholos en la Costa Pacífica, chamíes o memes en Risaralda, katíos en Antioquia, y eperas en Nariño y Cauca.

De acuerdo a los territorios que ocupan, se distinguen tres grupos: los dóbidas o habitantes ribereños de los ríos y quebradas de las selvas del Pacífico; los pusábidas, que tienen relación con el mar, en particular con el océano Pacífico; los

oíbidas, en zonas que conservan aún selvas andinas, y los eyábidas en áreas campesinas deforestadas. Esta caracterización da cuenta no solo del referente de ubicación territorial, sino también de los distintos grados de occidentalización que presenta la etnia. A su vez la etnia embera contiene subgrupos según variaciones dialectales, culturales y geográficas, de procesos productivos y vestuario, las cuales tienen diferentes modos de vida: chamí, katío y eperara siapidara. Los dos primeros están dentro del grupo eyábida. No obstante las variaciones anteriores, los diferentes subgrupos tienen un sustrato común en cuanto a su historia legendaria, cosmovisión y estructura social y política. Esto implica que algunos elementos abordados en este estudio pueden extrapolarse a emberas de otras regiones.

Los emberas dóbidas, denominados “hombres de río”, se encuentran asentados en el área del Atrato (municipios de Lloró, Quibdó, Bojayá y Riosucio); por los afluentes costeros del océano Pacífico (municipios de Juradó, Bahía Solano y Nuquí), y en el área del río Baudó (municipios de Alto Baudó y Bajo Baudó). En menor cantidad se ubican en el Urabá chocoano (municipio de Acandí) con dos comunidades, y en Condoto también con dos comunidades. Los emberas dóbidas cuentan con cerca de 25.000 personas.

Los emberas katíos se localizan en la carretera Quibdó-Medellín (municipios de Quibdó y El Carmen de Atrato); en la zona norte del Chocó (municipios de El Carmen del Darién, Riosucio, Acandí y Unguía), y en la zona del alto Andágueda (municipios de Bagadó, Tadó y San José del Palmar).

Los emberas chamíes también se encuentran ubicados principalmente sobre la carretera Quibdó-Medellín, con una población que se aproxima a las 370 personas, y en los límites de los departamentos del Chocó y Valle del Cauca, por el cañón del río Garrapatas.

Su lengua pertenece a la familia chocó y se divide en dos lenguas emergentes: embera meridional y embera septentrional. La primera se habla en Panamá y en Antioquia, Colombia. Tiene menos de 40.000 hablantes y sus dialectos son: saija, baudó, tadó y chamí, en Risaralda, y caramanta sitará y katío, en Antioquia. La

septentrional, que se localiza al sudeste de Panamá, en Antioquia y en la Serranía del Darién en Colombia, cuenta con unos 10.000 hablantes, y sus dialectos son: dabeiba, ngverá o san jorge, tukurá o río verde, y por último sambú, darién o andágueda.

Concretamente en Colombia, se habla en el departamento de Antioquia, en las márgenes del río Murrí y sus afluentes; en el departamento de Córdoba, en las orillas de los ríos San Jorge y Sinú; en el departamento de Chocó, en casi todos los grandes ríos, especialmente en las cuencas del Atrato y del Baudó, a lo largo del curso medio y superior del San Juan y en la zona de Tadó; en el departamento de Risaralda, en el río Chamí; en el departamento de Cauca, en el río Saija y sus pequeños afluentes; en el departamento de Caldas, a lo largo de una red fluvial en la región de Dabeiba; y en el departamento de Nariño, en los ríos Morondó y Satinga pero la lengua está potencialmente amenazada.

La base del mundo katío gira en torno a la palabra, y el encargado de darla son los *tabaraus*, los mayores, los que ejercen la autoridad tradicional, los que han escuchado consejo y palabra, y pueden transmitirlos al resto de la comunidad. Son los responsables de que este mundo se siga manteniendo y, tácitamente, los comisionados por la comunidad para entregar la palabra en representación suya; por eso, cuando hay una reunión dentro o fuera del territorio se envía a las personas con mejor capacidad de dar la palabra, las que tienen el conocimiento que se logra mediante la experiencia.

De acuerdo con Pachón y Correa (1997), a pesar del constante intercambio con el grupo lingüístico dominante, los emberas han conservado su lengua propia, y hoy en día la enseñan a sus hijos, sin importar que estos asistan a la escuela con otros niños no indígenas. Desde el hogar, en las prácticas ancestrales y las labores diarias, padres y mayores transmiten la lengua a las nuevas generaciones.

Los emberas, al igual que otros grupos etnolingüísticos, también han sido víctimas de presiones y discriminación lingüística; no obstante, la lengua se ha mantenido sólida como referente identitario y como principal vehículo de comunicación entre sus usuarios en las interacciones cotidianas. Incluso niños y jóvenes poseen las competencias lingüísticas y comunicativas necesarias para

establecer conversaciones entre ellos y con el resto de los grupos etarios que conforman la comunidad.

Sin embargo, en algunas comunidades emberas se ha venido dando una pérdida paulatina de su lengua, por lo que en gran medida la población de los mayores es la que habla y la usa en los diferentes contextos comunicativos. Los emberas consideran que los medios de comunicación han influido en la alteración de los espacios tradicionales de socialización de su cultura materna, lo que ha generado nuevos intereses y expectativas, sobre todo en la población joven.

En departamentos como Chocó, Caquetá, Nariño, Valle del Cauca, Risaralda, Quindío, Córdoba y Boyacá un porcentaje de cerca del 90% habla y usa su lengua como principal vehículo de comunicación.

En otros departamentos, como Caldas, se ha perdido un porcentaje significativo de hablantes, pues de 6.500 emberas residentes en esta zona del país, solo el 0,5% son hablantes de su lengua. Esto se debe a procesos de discriminación lingüística y al permanente contacto con la sociedad dominante lingüísticamente hablando.

Las comunidades emberas de Colombia se encuentran en un proceso que busca unificar los alfabetos propuestos para las tres variantes dialectales, lo cual les permitirá fortalecer la relación de la lengua con el sistema educativo. Ellas sugieren lo siguiente:

Realizar investigaciones que les permitan conocer mejor su lengua en sus cuatro variantes dialectales.

Que la comunidad y los gobiernos locales se apropien de la Ley de Lenguas.

Superar las dificultades con el sistema educativo, por lo cual existe la necesidad de construir su Proyecto Educativo Comunitario (PEC), con incidencia en el tema de lenguas, que les permita avanzar en el diseño de un currículo propio para la enseñanza de su idioma ancestral.